

Llorando como un niño, salió Salvador de la Comisaría y se hizo conducir al hospital.

Quería ver por la última vez el rostro de su noble protectora, y de rodillas besar su helada mano, aquella mano que le había arrancado de un antro de miseria y tal vez hasta del crimen, para hacer de él un buen obrero, un hombre honrado y casi un hijo.

## IX

## RESURREXIT



## IX

### RESURREXIT

Cuando Salvador llegó á La Salpêtriere eran las once de la noche, el hospital estaba ya cerrado, con dificultad y á fuerza de dinero logró que el conserje despertara al interno de guardia, quien le informó que María había sido enterrada en Montparnase aquella misma tarde.

Como loco salió del hospital sin saber lo que hacia, ni adonde iba.

En el Boulevard de la Gare preguntó á un policía la dirección de Montparnase y siguiendo las instrucciones que le dió, marchó á lo largo del Boulevard de Italia, pasó también el de Saint Jacques y en Froidevaux encontró un obrero ébrio



que venía cantando por en medio de la calle.

—Camarada, le dijo, ¿podrías acompañarme al cementerio de Montparnase ó enseñarme el camino? Te daría una buena recompensa.

—Creo que vas peor que yo, contestó el ébrio, ir á esta hora á visitar los muertos, es chistoso; pero en fin, si te empeñas salta esa pared que está allí enfrente y sólo así podrás entrar, porque no creo te abran la puerta á media noche... en cuanto á acompañarte... ¡Caracoles!, sería de muy mal gusto.

El ébrio se alejó, siempre cantando, y Salvador se quedó contemplando la pared, que para un gimnasta como él no era muy alta.

Sin vacilar se lanzó sobre la tapia que abordó fácilmente y saltó al otro lado. ¿Qué iba hacer allí?

Anduvo largo rato entre los monumentos sepulcrales sin darse él mismo cuenta de sus pasos.

Estaba fatigado, se sintió desvanecido, se apoyó en una cruz de mármol y se sentó en la piedra de un sepulcro.

El estado de su ánimo era horrible.

La noche estaba oscura, el cielo negro, el cementerio pavoroso.

Rugía el viento azotando el follaje de los altos y esbeltos cipreses, y remedando, ya misteriosos cantos funerarios, ya largos y tristísimos gemidos.

De vez en cuando un rayo iluminaba con su azulada luz las cúpulas doradas y las blancas estatuas que adornan los mausoleos y un imponente y prolongado trueno retumbaba en las criptas y se perdía rodando entre las nubes que ennegrecían el firmamento.

La tempestad rugía sobre los vivos y Salvador lloraba por los muertos.

Lloraba por su noble protectora, por su perdido amor, por su maldito nombre y su manchada historia.

Poco á poco la tormenta del cielo iba pasando, pero la tempestad de su alma iba creciendo.

Salvador era joven y poeta, empezó por soñar:

«Era, pensó, mi vida ayer... himno... ave... nube:

Himno de adoración á la hermosura, cantando en rimas de oro y en notas de cristal; ave feliz buscando la escondida, la misteriosa fronda para formar en ella el nido de su amor:



Nube galana dorada por la aurora y naciendo á la luz...

Y en vez de blanco himno de notas de esperanza y rimas de ilusión: es hoy una salmodia con rimas de blasfemia y notas de clamor; es ave moribunda vagando desalada sin encontrar amores, sin nido que formar:

Es himno funerario... es ave, pero herida... es nube, pero negra... es nube de tormenta... jirón de tempestad...

Salvador era hombre y era desgraciado, acabó por maldecir:

—No tengo, murmuró con desaliento y sacando su revólver, no tengo ya quien me ame ni nada que esperar...

¿A qué seguir viviendo? ¿A quién haré feliz?

Aurora ya no me ama... María, mi dulce bienhechora... no la veré ya más...

¿Pero y mi pobre madre?

¡Ah! no me puedo matar.

En el lejano suelo de mi patria, existe una mujer á quien el hado inexorable arrastró á la miseria, al fango de los vicios y á la infamia.

Esa infeliz se arrastra por el cieno sin hallar una

mano que la ayude, que le muestre la altura, y si hoy es ramera... cuando me tenga á mí que soy su hijo... entonces... ¡será madre!

¡No, mentira... ninguno es responsable de lo que hayan podido hacer sus padres; no se heredan las manchas de la honra; el hombre es hijo, no más que de sus obras, en cuestiones de honor!

Si los padres de Aurora me juzgan deshonrado y si ella misma se avergüenza de mí, yo que no me avergüenzo de mi madre, yo que sabré salvarla de la infamia, yo que sabré ser hijo y redimirla... Yo estoy contento... así...

En el lejano suelo de mi patria dejó María una sublime obra sin concluir, yo que á pesar de la injusticia humana amo á la humanidad; yo á quien la sociedad juzga manchado, sin haber hecho mal; yo sabré realizar la sublime obra, yo sabré hacer el bien. ¡Ah, sacerdotes que tomáis el nombre de vuestro santo Dios para engañar al hombre y para hacer el mal!

¡Ah, falsos liberales que profanáis la causa redentora que decís defender!

¡Ah, hipócritas perjuros santurrones; que fingís religión para medrar!



¡Ah, injusta y exigente sociedad, tú que inventas afrentas y pecados, cultivas fanatismos y vives en los vicios predicando virtud; tú que sólo veneras en el oro, te humillas al que sube y escupes al que cae... Espérame, ya vuelvo... la lucha no ha concluído porque murió un campeón!»...

Cual si aquel desahogo hubiese disipado la suicida obsesión que allí le había llevado, Salvador se calmó, miró el revólver que tenía en la mano y se espantó: ¿Matarme yo? pensó, ¿si aún no he empezado á cumplir mi misión!

¿No le debo á esa mártir que yace aquí en el polvo, cuanto sé y cuanto soy?

¿No es para mí un deber sagrado continuar su santa obra?

¿No debo castigar á los infames que ultrajaron su honra y envenenaron su existencia?

Salvador era hombre de talento y comprendía muy bien la importancia y los peligros de su empresa; pero era joven, tenía valor y fe, confiaba en su carácter y educado é inspirado por María, su lema era el mismo lema de ella: *hacer el bien á pesar de los hombres siempre malos y á pesar de los dioses siempre falsos.*

Quedó profundamente pensativo, la imagen de su madre prostituída y el recuerdo de Aurora avergonzada se aferraban tenaces en su alma...

Un ruido extraño vino á sacar al abatido joven de su sombría meditación.

Hacia el sitio mismo por donde él había entrado, le pareció como si alguien escalase la tapia y á la luz de un relámpago vió á un hombre que saltaba, como él había saltado.

Los relámpagos eran tan frecuentes que á la sola luz de ellos pudo bien Salvador seguir con asombrados ojos los pasos de aquel duende, que visitaba el cementerio en noche tan horrible.

Le vió avanzar con paso firme cual si estuviese en terreno conocido.

No llevaba sombrero, su larga cabellera flotaba sacudida por el viento: llegó junto á una tumba y se detuvo.

—¿Será esa la tumba de María?, se preguntó Salvador estremecido.

Le pareció que el hombre, que sin duda sería algún ladrón de cementerios, trataba de quitar la losa de la tumba, pues oyó algo parecido al ruido de una barra al chocar contra la piedra.



Avanzó algunos pasos, oyó como si destrozasen algún objeto de madera y luego una estridente carcajada (1).

Pero entonces se realizó un singular fenómeno que Salvador no acertaba á explicarse:

(1) Durante los años de 1847 y 1848, la policía francesa se ocupó en perseguir tenazmente á un misterioso y extraño criminal que había desenterrado varios cadáveres de mujer en Bleré (Indre-et-Loire), en Ivry-sur-Seine y en el cementerio de Montparnase, en París mismo.

El criminal que apuñalaba los cadáveres hasta destrozárles completamente el pecho y el abdómen, debía ser un loco peligroso durante sus accesos necrofilicos, pues no retrocedía ni ante los más grandes peligros.

Varias veces habían los gendarmes hecho fuego sobre él, sin herirle; y por fin el Prefecto de Policía decidió colocar cerca del sepulcro de una hermosa dama enterrada en Montparnase una máquina infernal cargada con dinamita, y que debería estallar cuando el profanador tratase de abrir el ataúd.

El necrófilo, famoso en los anales de la locura criminal era el sargento Bertrand, que capturado al fin y procesado, fué condenado á prisión, y declaró ante los jueces lo siguiente:

«Yo sabía que la máquina infernal estaba allí esa noche para darme la muerte; pero no dejé por eso de escalar los muros. Ya otra vez me habían preparado en otro cementerio una máquina semejante y había logrado desmontarla y llevármela conmigo; pero la noche de Montparnase me contenté con darle una patada y tampoco estalló.

«Era una noche negra, el tiempo estaba horrible cuando entré al cementerio y desenterré varios cadáveres: salí de allí y me fuí al cementerio de Ivry en donde cometí los mismos actos: mi enfermedad se declaraba cada quince días y se anunciaba por violentos dolores de cabeza.»

Siniestra luz fosforescente iluminó de pronto una área de dos ó tres metros de radio en torno del sepulcro.

La figura del hombre de larga cabellera se destacó con precisión cual si estuviese cerca de algún fuego encendido en el suelo y se pudieron ver perfectamente las extrañas maniobras de aquel ladrón fantasma.

Junto á la tumba se veía una esfera luminosa parecida á una bala de cañón que hubiese sido untada con sulfuro ó con pasta fosfórica.

—Sólo algunas clases de pólvora gigante hecha con nitro-glicerina alumbran de ese modo en determinadas condiciones atmosféricas: debe ser una bomba de dinamita, pensó Salvador cada vez más asombrado.

Con los cabellos erizados avanzó cautelosamente hasta colocarse á regular distancia del sepulcro, amartilló el revólver y quedó en acecho esperando con ansiedad y dispuesto á disparar sobre aquel miserable profanador de sepulturas.

Entre tanto el ladrón había sacado el cadáver de la caja: era una muerta.

Le descubrió la cara y la besó repetidas veces



con la desesperación de un loco poseído por el pavoroso frenesí de la profación y el sacrilegio.

Después se arrodilló, llevó una mano al pecho y luego la elevó armada de una hoja reluciente, la hoja de un puñal...

Salvador hizo fuego y erró el tiro.

El criminal se revolvió cual hiena sorprendida en medio de un necrófago festín y miró ferozmente á todos lados.

Salvador disparó sobre él de nuevo y erró el segundo tiro.

—¡Que horrible, que espantosa pesadilla! Murmuró sudando helado.

El criminal, de un solo salto se lanzó fuera del radio iluminado por la bomba.

Salvador disparó é indudablemente erró su tercer tiro, pues oyó la violenta carrera de un hombre que saltando las tumbas huía en la obscuridad.

En seguida y á pesar de que sus temblorosas piernas se negaban á sostenerle, se acercó al ataúd y al mirar á la muerta, dejó caer el revólver y quedó inmóvil y mudo de terror... La *muerta* era María, que con los ojos de par en par abiertos, se incorporó apoyándose en la losa y preguntó con voz

que parecía salir del fondo del sepulcro: ¿Eres tú, Salvador?

Salvador no la oyó, había caído al suelo sin sentido.

Atraídos por el ruido de los disparos vinieron los gendarmes que desde muy temprano estaban apostados á la entrada del camposanto; recogieron los dos cuerpos, les pareció que respiraban, los llevaron á la capilla y allí se cercioraron de que los dos estaban vivos.

FIN



## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
I. Anatema sit. . . . .	5
II. Una Escuela industrial. . . . .	27
III. Apostasia. . . . .	43
IV. Salvador Mares. . . . .	59
V. Anarquista. . . . .	81
VI. Una consulta. . . . .	99
VII. El motin. . . . .	115
VIII. La Salpêtriére. . . . .	129
IX. Resurrexit. . . . .	149



